

## La buena nueva de *Templo militante*, de Bartolomé Cairasco. Un testimonio

JOSÉ MIGUEL PERERA

**E**l presente texto desea, más que nada, dar noticia de la publicación total y actual, tras más de 400 años después, de uno de los libros más importantes de la literatura canaria: *Templo militante* de Bartolomé Cairasco de Figueroa, escritor fundacional y figura básica para comprender la historia religiosa y cultural de Gran Canaria en concreto, y de las Islas en general, durante la segunda mitad del s. XVI y la primera década del XVII.

El más joven canónigo del Cabildo Catedral de Las Palmas (cargo que ocupó durante más de cincuenta años), músico, dramaturgo, traductor... es una pieza clave en los orígenes de la literatura escrita en español desde Canarias, más o menos conocido por la insistente utilización de las rimas esdrújulas y por su llamativo enfoque al tratar la norteafricana coordenada social y espacial del Archipiélago, sobre todo la importancia de los antiguos canarios (comentario aparte merecería, en los escritos de nuestro poeta, el conocido líder Doramas y la montaña o selva que llevara su nombre). A los insulares –dicho someramente– Cairasco da carta de humanidad a través del propio mensaje cristiano, en una suerte de implícita crítica liberadora frente al poder conquistante y violento occidental, de ciertas analogías lascasianas. Esto lo concreta aplicando a los isleños muchas virtudes que observa en el modelo de la ristra de santos, santas y mártires de la historia del cristianismo, y que son precisamente las vidas que va a escribir, en verso y al modo de un calendario (*flos sanctorum*), a lo largo de las cuatro partes de *Templo militante*, su principal obra, hasta ahora inaccesible a la mayoría de las personas.

La religiosidad marca la literatura de Cairasco. Por un lado, está totalmente inserto en los debates, implícitos y explícitos, que rodean el contexto de

los instantes previos y posteriores al Concilio de Trento, periodo que animará determinadas concepciones ejemplarizantes que influirán en prácticas escriturarias como las que hace en esta obra, que comenzó a publicarse en 1602 (el autor no vio en vida ni la tercera ni la cuarta parte). No hay que olvidar que el *flos sanctorum* es un subgénero de la biografía, al modo de épica religiosa como la *Leyenda áurea* de Jacobo de la Vorágine (s. XIII), el *Flos sanctorum nuevo* de Alonso de Villegas (del que Cairasco parte en buena medida), o el de Pedro de Ribadeneyra, estos dos últimos contemporáneos del canario. A su vez, nuestro escritor también fue cercano a algunas corrientes heterodoxas, animado muy probablemente por una personalidad que no podía ignorar las excluyentes cuestiones de sangre de su tiempo (nuestro autor tenía antecedentes familiares de indígenas canarios y de judíos).

*Templo militante* es un amplísimo conglomerado de saber enciclopédico, humanístico, grecolatino, medieval y de su presente, y además refleja la amplia gama de conocimientos de las tradiciones poéticas del pasado y de su época, sobre las que nuestro religioso intenta aplicar trazos e innovaciones particulares.

La buena nueva, especialmente para la sociedad y la cultura canarias, es precisamente la posibilidad de poder acercarse hoy a esta obra central de nuestra historia. Y esto ha sido posible fundamentalmente gracias al trabajo reiterado y constante del investigador Antonio Henríquez Jiménez, uno de los mayores conocedores del canónigo, y al Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, institución que ha asumido responsablemente esta demorada gesta editorial y que ha dado cuerpo amable, en cuatro voluminosos tomos, al esperado libro que, como feliz remate, se vende a un generoso precio. También se puede adquirir en versión digital, en este caso con el añadido de un ingente aparato crítico para especialistas y donde se puede palpar muy claramente el enorme esfuerzo del editor para ahondar en infinitud de elementos y fuentes presentes en Cairasco de Figueroa; así como se pueden observar los vericuetos y las versiones barajadas para dar fijeza y sentido a una edición que marca un antes y un después en el conocimiento de la literatura del emblemático canónigo, sepultado en la capilla de la catedral dedicada a santa Catalina.

## Un testimonio

Dicho esto, quisiera entonces contar una historia, el testimonio personal y exclusivo sobre mi relación con el poeta Cairasco y con el filólogo Antonio

Henríquez, que vienen a ser vinculaciones en paralelo que se han ido engarzando y engrasando en un cuarto de siglo. Y lo hago porque creo que contiene motivos significativos para entender algo más cómo ha sido el reciente itinerario hasta llegar a la presente y celebrada publicación. Históricamente, se intentó dar al público un Cairasco y un *Templo militante* completos; numerosos fueron los reclamos seculares, especialmente en el siglo XIX (Graciliano Afonso, Agustín Millares Torres, Elías Zerolo...), para que nuestro poeta fundador y su principal fruto tuvieran la dignidad social que les correspondía. Sin embargo, algunos estudiosos de las últimas décadas –incluidas voces que hoy dicen que con la presente edición se salda una gran deuda– afirmaron y defendieron el triste sambenito de que el *Templo militante* debía ser acercado a la lectura contemporánea –por su dificultad de comprensión y por sus abultados contenidos– como un recortado escaparate antológico y no como un corpus completo, tal y como el propio religioso lo concibió y registró.

Es ahí, ante ese tipo de afirmaciones minusvaloradoras, cuando algunas otras personas como yo, con escasos veinte años –y recogiendo aquellos gritos de justicia de autores decimonónicos–, reivindicábamos que había que conocer a Cairasco de manera entera y no a cachos. Y en esto no he dejado de insistir públicamente, incluso de forma machacona, durante dos décadas... Precisamente desde esta actitud de compromiso con el pasado, el presente y el futuro de la literatura insular, por aquellos años de finales del siglo XX nuestro profesor Eugenio Padorno nos propone ir a transcribir la obra magna de Cairasco, con la finalidad última de hacer una edición actual. Entre los convocados estaban los hoy profesores Yeray Rodríguez Quintana, Bruno Pérez Alemán, Daniel Barreto (Nayra Pérez Hernández creo que también pasó alguna vez) y este que escribe. Por diversas causas, me convertí en aquel momento en el más constante y aplicado trabajador del legado de Cairasco, cuando no existían portátiles, copiando a mano en El Museo Canario la primera de las cuatro partes del *Templo*, de la que llegué a recopilar en torno a un 75 %. Allí dediqué –después de las clases diarias como alumno en el campus de Humanidades del Obelisco– muchas horas en un trabajo amenizado por el silencio de la biblioteca de El Museo y por el ritmo de los endecasílabos cairasquianos, un ejercicio material que a día de hoy sigo traduciendo como un gesto básico en mi profundización corpomental como creador lírico y como crítico literario que interpreta –fundamentalmente, aunque no solo– obras de poesía actuales y pasadas.

Fue en aquella coyuntura conectada con nuestro poeta fundador cuando conocí a Antonio Henríquez Jiménez, una persona que desde hacía tiempo

transitaba por las estancias del significativo recinto de Vegueta investigando sin parar tantos asuntos, por aquellos años especialmente el legado de los modernistas canarios (Torón, Quesada, Morales) esparcido en la prensa, de quienes también es uno de sus mayores conocedores. Cada vez que iba solía repetirse idéntica imagen: yo copiaba a Cairasco y tenía al lado, atongados, los diversos tomos del *Templo*, mientras Antonio se acercaba y, tras saludarme, afirmaba algo así como “¡fuerte trabajo sin fin!”. Ironías de la vida, una década después la escena se invertiría: él ocuparía mi puesto junto a la tonga de volúmenes, y yo ocuparía el suyo cuando llegaba a saludarlo y a comprobar el esfuerzo infinito y comprometido en el que andaba, y anda, inmerso. Pero ¿cómo se llega a esa visión trocada?

Comencé en 2002 a trabajar como profesor de Secundaria e interrumpí algunos de los quehaceres de militancia cultural en los que andaba (uno de ellos la idea de realizar la tesis doctoral); y poco después derivé, en 2004, en un proyecto que este 2024 anda cumpliendo veinte años de existencia: la revista digital de cultura canaria *BienMeSabe.org* ([www.bienmesabe.org](http://www.bienmesabe.org)). En ella el propio Henríquez, con mi invitación, comenzaría a colaborar, y así se sucederían nuestra amistad y nuestro contacto; también mis visitas a El Museo Canario, en esos años devenidos, hasta que decido retomar el proyecto de la tesis, por 2009. ¿Sobre qué? Mis ganas y mis posibilidades dudaban entre dos religiosos vinculados a la literatura: el propio Cairasco o el sacerdote y crítico literario y artístico tinerfeño Sebastián Padrón Acosta, sobre el que al final me decidí. Y en esa disyuntiva recuerdo haber solicitado ayuda a Henríquez para que intentara saber sobre el paradero de la *Esdrújúlea*, otro de los inéditos artefactos poéticos del canónigo. A esto se añadiría, no sé si poco antes o poco después, una reunión en una sala de la Biblioteca Insular entre Antonio, Bruno Pérez, Belén González y yo con la finalidad de retomar la idea de copiar el *Templo militante* y editarlo de una vez por todas: cada uno teclearía una parte. Yo acabé la mía (la primera, que tenía bastante avanzada del primer intento con Padorno) y Antonio acabó la suya. Pero es a partir de ahí, en torno a 2010, cuando Henríquez asume el papel de seguir con el peso él solo y profundizar en esta obra y en Cairasco todo. Y así lleva, sin parar, hasta el presente...

De sus manos sobre la carne de la letra del poeta han salido las ediciones del teatro conservado, de la curiosa serie lírica *Vita Christi* y esta inmensa fortuna de cuatro bloques que fue presentada el pasado día del libro (sin duda uno de los grandes acontecimientos editoriales canarios de la historia); además de artículos, ensayos y libros que tienen a Bartolomé Cairasco como protago-

nista. Me consta que este año saldrá públicamente, por fin, la *Esdrújúlea*, con un texto definitivo basado en el estudio de las tres versiones conservadas; y queda para un capítulo todavía incierto la edición de Henríquez de la traducción que gestó el grancanario de la *Jerusalén liberada* de Torcuato Tasso, con otras nuevas noticias y no pocas diferencias de la publicada por Alejandro Cioranescu hace más de medio siglo.

En ello he estado a su lado en la medida en que he podido, y aunque todo el trabajo es única y exclusivamente de Henríquez Jiménez, siempre me he sentido profunda y sinceramente comprometido, e implicado, con dar a la luz lo concerniente a nuestro poeta fundador. De ahí que lo haya acompañado como coordinador en los dos libros primeros a los que aludí en el párrafo previo, ofrendados por la Fundación Tamaimos; incluso para mi propia edición de la *Comedia del recibimiento* al obispo Fernando de Rueda, que sacó el Cabildo de Gran Canaria en 2017, Antonio y yo discutimos y revisamos conjuntamente algunas cuestiones. Por eso se parecen tanto nuestras versiones, aunque existen determinadas diferencias mínimas... Es importante rotular, en este cauce, que en los años que se han sucedido, y donde las visitas a la “oficina particular” del investigador en El Museo Canario se han reiterado, hemos respetado las diferencias entre nuestras perspectivas y siempre se ha sobrepuesto la meridiana cuestión de resucitar al insoslayable y siempre sorprendente Cairasco.

En todo instante he estado al día de las matraquillas investigativas y los últimos descubrimientos en los que andaba. Y siempre (siempre, siempre) me ha recordado que no dejara de llevar el *pendrive* para grabar las últimas versiones de los documentos trabajados, para que yo tuviera copia actualizada, *por si pasara algo*... Ambos hemos sido excesivamente conscientes del descomunal trabajo y del sacrificio ejecutados en tanto tiempo por parte de Antonio para con todo, pero más que nada para con Cairasco y su trascendencia en la historia literaria y cultural de Canarias, con lo que no íbamos a dejar –sin olvidar la sorpresiva e inapresable incertidumbre–, si en nuestras manos estuviera, que la débil finitud humana pudiera con el ansia cuasidivina de poder mirarlo editado modernamente...

Desde este testimonio someramente relatado creo que podrán entender algo más por qué siento una inconmensurable alegría de ver estos titánicos cuatro tomos – que arrastran una estela imposible de siglos– hechos realidad durante mi existencia, pero más que nada de poder contemplarlos y volverlos a leer con Antonio Henríquez Jiménez, su gran baluarte, vivito y coleando...

Antonio sigue en marcha y dará más frutos necesarios, pero el *Templo militante* era el gran reto, la guinda de la utopía, el reclamo doloroso de la historia literaria canaria que se resistía, la gran obra del canónigo Cairasco, el gran motor del amigo Antonio... Gracias, gracias, gracias, Bartolomé Cairasco de Figueroa; gracias, gracias, gracias, Antonio Henríquez Jiménez.

*Este texto nace desde el deseo de querer transmitir, por escrito y a grandes rasgos, las palabras que su autor acercó oralmente el pasado 23 de abril de 2024 durante su intervención en la presentación del Templo militante, que se llevó a cabo en el Rectorado de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.*